



CAPÍTULO VII

César y los Pompeyos (desde 48 ántes de J. C. hasta 44).—Avidez del pretor Casio Longino.—Sublevaciones que produce.—Su muerte.—Famosa batalla de Farsalia entre César y Pompeyo, y sus consecuencias.—Cuádruple triunfo de César en Roma.—Los hijos de Pompeyo mueven de nuevo la guerra en España.—Viene César por cuarta vez.—Célebre batalla y sitio de Munda, en que César triunfa definitivamente de los Pompeyos.—Horribles crueldades del vencedor.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Entrada de César en Córdoba.—En Sevilla.—Queda dueño de España.—Exacciones de César; despoja el templo de Hércules.—Vuelve á Roma.—Es nombrado emperador y dictador perpétuo.—Le erigen altares.—Reforma la administración y las leyes.—Es asesinado.—Sexto Pompeyo se levanta de nuevo en la Celtiberia.—Transige el senado con él.—Fin de la guerra civil (1).

Tan encarnada estaba la codicia en los corazoneros romanos, que apenas volvió César la espalda, y no bien Casio Longino tomó posesion del gobierno de la Bética, olvidando la reciente leccion que César habia dado á Varron en Córdoba, comenzó á ejercer con tanto escándalo exacciones, rapiñas y extorsiones de todo género, que ya no sólo á los españoles, sino á los romanos mismos se hizo odioso y execrable. Unos y otros se conjuraron para deshacerse de él. Lucio Racilio, con pretexto de entregarle un memorial, le dió de puñaladas, pero no murió; y habiendo uno de los conjurados, á fuerza de tormentos, declarado sus cómplices, sólo algunos pudieron salvar la vida á costa de grandes sumas de dinero. Ni por eso varió Casio de conducta. Nuevos actos de rapacidad y de tiranía excitaron la indignacion general. El pueblo y la guarnicion de Córdoba se alzaron contra él. Las tropas que debian embarcarse para África á reforzar el ejército de César se revolucionaron igualmente, y se dirigieron á Córdoba á unirse á los sublevados. Acampados fuera de la ciudad, declararon unánimemente no reconocer á

(1) Lafuente, tomo I.

Casio por pretor, y aclamaron á Marcelo, oficia de mérito distinguido.

Casio Longino, por su parte, pide socorros á Lépidio, pretor de la Tarraconense, y á Bojud, rey de la Mauritania. Cuando llegó Lépidio y se informó de la verdadera causa de la insurreccion, como hombre que se estimaba en algo á sí mismo, abandonó á Casio y se puso del lado de los cordobeses. Por un resto de consideracion hácia su colega, le aconsejó que huiera, si no queria perecer, y Casio hubo de seguir tan prudente consejo. En este tiempo espiró el término de su pretura, y no atreviéndose á ir á Roma por tierra, temeroso de atravesar unas provincias donde tan justo horror inspiraba su nombre, se embarcó en Málaga y siguió la costa hasta el Ebro. Una furiosa tempestad que se levantó á la boca de este rio hizo que se tragáran las olas al ávido pretor y al fruto de sus rapiñas. Desastroso fin, no sentido ni de romanos ni de españoles; la pérdida de aquellas riquezas fué lo único que sintieron.

Entre tanto continuaba en otra parte la lucha entre César y Pompeyo, los dos antagonistas que se disputaban á costa de la humanidad del imperio del mundo. La famosa batalla de Far-

salia, que dió argumento y título al poeta Luciano para su epopeya, decidió la gran querrela en favor de César. Derrótado en ella todo el ejército de Pompeyo, vióse él mismo obligado á buscar su salvacion en la fuga. Condújose César en aquella batalla memorable con generosidad no muy acostumbrada en los guerreros. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el arca de su correspondencia, la mandó quemar toda sin leerla. No quiso saber quiénes eran sus enemigos. En esto imitó lo que Pompeyo habia hecho con las cartas de Sertorio. Todos los grandes hombres tienen algunas virtudes comunes. Dicese tambien que al reconocer el campo de batalla se entristeció, y aun lloró á la vista de tantos cadáveres enemigos, y que sólo se consoló diciendo: «Ellos lo han querido así».

Desgraciado fué el fin del Gran Pompeyo, como casi el de todos los guerreros insignes. Fugitivo de Farsalia, fué llevado por su mala estrella á Egipto, cuyo rey habia sido su pupilo, y cuyo padre habia recibido muchos beneficios de Pompeyo. Y sin embargo, aquel ingrato rey le hizo asesinar traidoramente por hacerse buen lugar para con César, el cual, cuando llegó á Egipto y le fué presentada la cabeza de su rival, derramó tambien lágrimas, y reprobando la traicion, mandó hacer solemnes exequias á los despojos mortales del que habia sido su enemigo más terrible, pero tambien en otro tiempo su amigo, pariente y aliado.

Detuvieron á César en Egipto los afamados amores de Cleopatra, y cuando al cabo de ocho meses se desprendió de las delicias de Alejandria, de vuelta á Roma venció de paso á Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y á Deyotaro, rey de Armenia. Esta guerra fué la que contó á sus amigos con aquellas palabras que tan famosas se hicieron, y que los siglos no olvidarán: «*Veni, vidi, vici*: Llegué, vi y vencí.» Vuelto á Roma, fué nombrado tercera vez cónsul y tercera vez dictador. En esto estalló de nuevo la guerra de África. Movianla los partidarios de Pompeyo, Escipion, Lavieno, Caton, y Juba, rey de la Mauritania. César fué y la terminó en seis meses; y declarando la Mauritania y la Numidia provincias romanas, y mandando reedificar á Cartago, volvióse á Italia. Á

pesar de tantas victorias, César no habia tenido espacio todavia para recibir los honores triunfales. Entónces los recibió todos á un tiempo, y se prolongó su dictadura por diez años.

El mundo se hallaba ya como reposando de las sangrientas luchas que por tantos años le habian conmovido. España era el solo país que el genio fatal de la guerra no se habia cansado aún de trabajar. Habia sido la primera y tenia que ser la última en sufrir las calamidades de la contienda entre César y Pompeyo. Los hijos de éste, Cneo y Sexto, que habian heredado el genio belicoso de su padre, hicieron un llamamiento general á todos sus amigos de Europa, Asia y África, y resueltos á tentar un vigoroso esfuerzo contra el enemigo de su familia y de su nombre, vinieron ambos á España, Cneo con un ejército de tierra, con una armada Sexto, su hermano. Comprendió César toda la importancia de esta nueva guerra, porque la pérdida de España le hubiera hecho todavia caer del solio de gloria que ocupaba ya.

Vino, pues, César por cuarta vez á España con su acostumbrada celeridad. Á su arribo, las ciudades de la costa oriental se declararon á favor de su causa, como ántes lo habia hecho toda la España Citerior. Reunió apresuradamente sus tropas en Sagunto, y á marchas forzadas se puso sobre Obulco (Porcuna). La instantánea aparicion de César desconcertó á los dos hermanos, que se hallaban, Sexto en Córdoba, Cneo sitiando á Ulia (Montemayor). La prodigiosa actividad del enemigo ni siquiera les habia dado tiempo para aparejarse convenientemente á la defensa. Para colmo de su desgracia, la flota de César mandada por Didio acababa de batir la de los Pompeyos en las aguas de Carteya.

Cruda y sanguinaria fué esta guerra; acaso más que ninguna otra de los romanos en España. Los sitios de Ategua y de Ucubi no ofrecerian sino un relato de horrores y de bárbaras venganzas que harian estremecer, ejecutadas principalmente por los jefes y soldados pompeyanos, en los que se mostraban inclinados á César, de quien no habian querido los Pompeyos aceptar la batalla que les ofrecia en Ulia y en Córdoba. César se mostró más humano con



los rendidos. En cambio, en el sitio de Munda excedió á todos y se excedió á sí mismo en crueldad. Triste y fatal profesión la de las armas, que no ha de haber con ellas gloria sin ir acompañada de lágrimas y sangre, si gloria verdadera es para el hombre la que á costa de la sangre y de las lágrimas de tantos millares de semejantes suyos adquiere!

Alzado el sitio de Ucubi, situóse el ejército de los Pompeyos hácia Aspavia, distante de allí cinco millas; pero rechazado pronto por las tropas de César y vivamente perseguido, despues de alguna incertidumbre en su marcha, situóse en una llanura que se extendía á los alrededores de Munda (1). Los dos ejércitos contaban con número casi igual de romanos y de españoles. Dos príncipes de la Mauritania iban tambien de auxiliares, el uno de Pompeyo, el otro de César. Pudiéramos llamar á esta guerra la guerra más civil de cuantas con este nombre se han conocido, puesto que en ella peleaban romanos con romanos, españoles con españoles y africanos con africanos. Ambos ejércitos se temían; un sombrío presentimiento y una ansiedad inexplicable se advertían en los

(1) Esta ciudad, célebre por haberse decidido en su campo la lucha en que César y Pompeyo se disputaban el imperio del mundo, se ha creído mucho tiempo que fuese la actual *Munda*, en la provincia y á seis léguas de Málaga. Así lo han creído y consignado, inducidos acaso por la semejanza de los nombres, Morales, Mariana, Ferreras y otros historiadores españoles, á quienes generalmente han seguido los escritores extranjeros. Ya el erudito Perez Bayer demostró que las relaciones históricas de Floro, Hircio, Suetonio, Patérculo, Dion y otros autores latinos, referentes á la batalla de *Munda*, no podían aplicarse á la actual *Munda*: él creyó que correspondían mejor á Monturque. Pero el Sr. D. Miguel Cortés, en su *Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua*, ha demostrado deber fijarse en *Montilla*, cuyo nombre pudo ser derivación corrompida de *Munda illa*. Prescindiendo de lo más ó ménos verosímil de esta derivación, lo que nos hace adherirnos á la opinión del Sr. Cortés es el ajustarse á la posición de *Montilla* mejor que á otra población alguna las circunstancias de territorio y de lugar, y las distancias respectivas de las demas poblaciones contiguas que anduvieron los romanos de uno y otro ejército ántes de acampar en *Munda*, segun los diferentes relatos de los historiadores latinos, las cuales todas convienen á *Montilla*. Había otra *Munda* más antigua en la Bastitania, que sonaba ya en las guerras de los Escipiones.

combatientes de uno y otro bando al prepararse á la pelea; los mismos jefes parecían penetrados de una melancolía profunda; todos iban á aventurar su gloria futura. La ventaja de la posición estaba por los pompeyanos, á quienes César provocaba á que descendieran de una pequeña eminencia que ocupaban. Los cesarianos tenían que cruzar un riachuelo que corria por terreno pantanoso. «El día, dice Hircio, estaba tan brillante y tan sereno, que parecía que los dioses inmortales le habían hecho expresamente para una batalla» (1). César fué el primero que atacó. Con imponderable encarnizamiento comenzó el combate; las voces y los gritos espantosos de los soldados acompañaban el crujir de las armas y de los escudos.

Por una singularidad especial de esta batalla, cesó de repente la vocería de unos y otros, y sucedió el más profundo silencio, de tal manera, que en una muchedumbre de cien mil combatientes oíase sólo el choque de las lanzas y el ruido formidable de los aceros. Ni de una ni de otra parte se daba cuartel, ni de una parte ni de otra se perdía ni se ganaba un palmo de terreno. Las tropas de César fueron las primeras en dar señales de flaquear. César, ardiendo en cólera, se lanza en medio de sus soldados, los exhorta; les habla con la palabra y el ejemplo, y al ver que no alcanzaba á realentar su abatimiento, le asalta un instante la tentación de atravesarse con su espada. Contienenle algunos soldados; «pues bien, les dice, seguidme;» y arrancando á uno de ellos el escudo: *aquí quiero morir*, exclama, y se lanza espada en mano delante de todos al enemigo. Á vista de esta acción todos se enardecen, y la pelea se renueva con terrible furor. De repente el príncipe africano Bogud, suponiendo mal guardados los reales de Pompeyo, los acomete; obsérvalo Labieno, uno de los jefes pompeyanos, y vuelve con su caballería á defenderlos. Esta evolución dió á César la victoria. Creyendo que Labieno huía, entra el desórden en las filas de Pompeyo y comienzan á cejar; los cesarianos los persiguen, y al grito de victoria siembran el campo de cadáveres. Treinta mil

(1) *Hist. de Bell. Hispan.*



fueron los muertos, con tres mil caballeros romanos. Jamas batalla alguna fué tan comprometida para César; él mismo confesó que en todas había peleado por la gloria, en ésta por defender su vida. Cneo Pompeyo á duras penas pudo salvarse con ciento cincuenta caballos que le siguieron á Carteya; Sexto pudo refugiarse en Córdoba (46).

Como muchos de los fugitivos se hubiesen retirado á Munda, César corrió á bloquearla, decidido á acabar con los restos de aquel grande ejército. Allí fué donde desplegó César una fiera y una barbarie que estremece. Los treinta mil cadáveres del campo de batalla, decapitados y atravesados con sus mismas lanzas, sirvieron para hacer una trinchera en derredor de la ciudad; las cabezas clavadas en las picas las enseñaban á los sitiados... ¡horroriza tanta ferocidad! Los sitiados, despues de una heroica resistencia, perecieron todos. Munda, yerma de defensores, pasó á poder del vencedor.

Cneo Pompeyo se dió á la vela desde Carteya en busca de asilo en alguna comarca apartada. César destacó en su seguimiento á Didio y Cesonio, que alcanzando la flotilla enemiga quemaron unas naves y destruyeron otras. Cneo, que iba herido, pudo tomar tierra y ocultarse en una gruta, donde descubierto por un soldado perdió la vida. Cesonio tuvo el odioso placer de presentar su cabeza á César, que no permitió se expusiera al público. Así pereció Cneo Pompeyo, que pocos días ántes había hecho balancear el poder de César, y que estuvo á punto de ser dueño de España y de toda la república.

Sexto, su hermano, previendo que no tardaría en ser atacado en Córdoba, salió de la ciudad so pretexto de tratar en persona con César, y se refugió al centro de la Celtiberia. El temor de Sexto era bien fundado. No tardó César en ponerse sobre la ciudad: los partidarios de Pompeyo temblaron, y tambien temblaron con razón; porque no era ya César aquel hombre humanitario y generoso de ántes, sino un César desapiadado y cruel. Cambió de carácter como Sertorio al acercarse el término de su vida. Conociendo esto mismo un tal Escápula, resuelto á no caer vivo en manos del vencedor, dispuso un convite entre sus parientes y ami-

gos, al que asistió él lujosamente vestido y perfumado. Despues de haber distribuido sus riquezas entre los comensales, y haciendo encender una hoguera, mandó á uno de sus criados que le atravesara el pecho, y á otro que le arrojara en las llamas. ¡Serenidad bárbara y fiera! Los criados le dieron el feroz placer que apetecía. Este hecho acrecentó la discordia que ya reinaba dentro de la ciudad: unos opinaban por entregarse á César, otros por defenderse hasta el último trance: á horribles escenas dieron lugar los desórdenes interiores. Á favor de la confusión y llamado por sus partidarios entró César en la ciudad, dentro de la cual tuvo todavía que combatir: mató, degolló, incendió y saqueó; más de veinte mil ciudadanos se dice que perecieron en aquella población predilecta de César, donde él mismo poseía casas y jardines de recreo. Allí plantó por su mano el famoso plátano que celebró la musa hispano-romana de Marcial (1).

Dividida igualmente Sevilla en dos bandos, los unos llamaron á César, los otros á los lusitanos que se conservaban parciales de los Pompeyos. Primero lograron éstos una sorpresa sobre las tropas de César; despues fueron á su vez acuchillados por la caballería cesariana, y el vencedor de Pompeyo tomó posesión de la ciudad. Grande importancia debió darse en Roma á la conquista de Sevilla, cuando se celebró con fiestas públicas, y se inscribió en el calendario romano. Acaso se la quiso solemnizar como la última conquista de César en la Península. Y éralo en rigor, porque Osuna y alguna otra ciudad de la Bética que restaba, fueron ya sometidas sin dificultad (45).

Ya tenemos á César dueño de todas las provincias de España que hasta entonces tomaron parte en nuestras lides. Apresuráronse las ciudades, no sólo á reconocerle, sino tambien á honrarle. El espíritu de adulación y de lisonja de los degenerados romanos había ido contagiando á los españoles, y los pueblos fueron

(1) «Plátano amado de los dioses, dijo Marcial, no temas ni el fuego ni el hierro sacrilego. Tu duración y tu lozanía serán eternas, porque es la mano de César la que te ha plantado.» Lib. IX, cap. 62.



cambiando sus nombres por otros que expresaran algunas virtudes del vencedor. Nertobriga tomó el de *Fama Julia*, Astigis el de *Claritas Julia*, Illiturgo se llamó *Forum Julium*, Ébora *Liberaltas Julia*, Juliobriga se llamó otra ciudad, otra *Colonia Cesariana*, y así otras muchas, levantándole al propio tiempo estatuas y altares, é inscribiendo sus alabanzas en mármoles y bronce.

César por su parte recibía en Cartagena, á guisa de monarca, diputados de casi todas las provincias españolas. Su objeto ostensible en la reunion de esta especie de asamblea era tratar de dar al país un gobierno y una organizacion civil y política. Pero otro pensamiento le preocupaba además. César no se olvidaba de sí mismo. Recordando á los diputados los beneficios que habia dispensado al país, reconvinoles por su ingratitud y falta de reconocimiento. Ya suponía que estas palabras no serian perdidas para su fortuna particular. Necesitaba afianzar con el oro las glorias y conquistas hechas con el acero, y bien sabia ya por experiencia cómo se ganaban los sufragios de los comicios en el venal pueblo romano. Los diputados españoles comprendieron las indicaciones de César, y para desvanecer su desfavorable juicio, le colmaron de dones y de tributos. Recogíalos César, pero no le bastaban. Bajo diversos pretextos de utilidad pública, impuso á los pueblos crecidas contribuciones, de las cuales no poco refluía en sus arcas privadas. Por último, incurriendo en la propia flaqueza que él habia castigado en Varron, recogió aquellos tesoros del templo de Hércules de Cádiz, que años ántes habia hecho él restituir á otro. Así César terminaba su carrera en España del mismo modo que la habia comenzado: por una parte con actos de crueldad, por otra dotando al país de algunas leyes útiles y sábias, y por otra acrecentando su fortuna y sacando de él riquezas inmensas. Sus beneficios fueron con largueza remunerados.

Al fin, dejando el gobierno de la España Citerior y de la Galia Narbonense á Lépido, y el de la Ulterior á Asinio Polion, que se dedicó á destruir las partidas de salteadores que de resultas de la guerra habian quedado, volvió

César á Roma, donde le esperaban más lisonjas y adulaciones que en España.

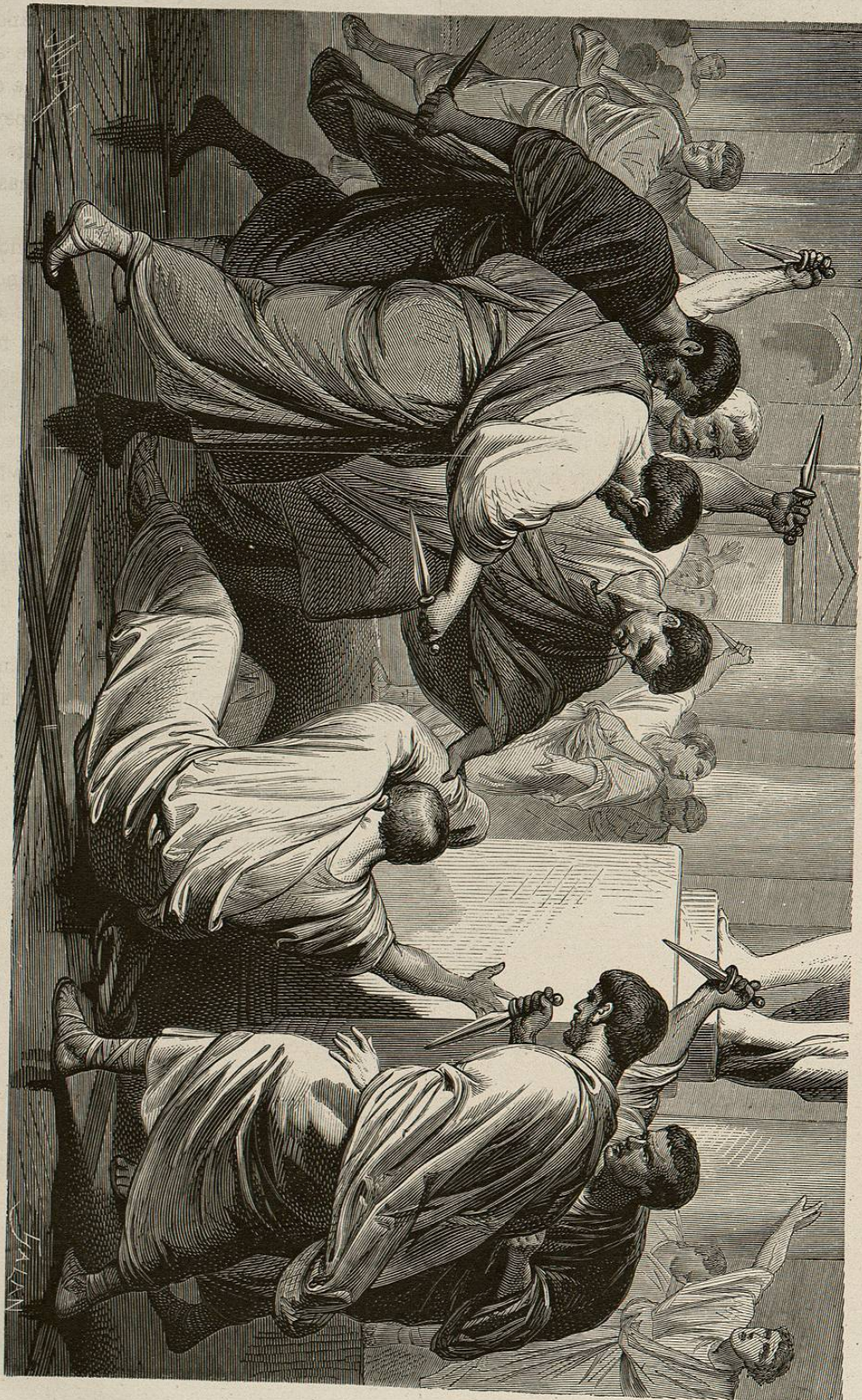
Todo les parecia poco en Roma para honrar al vencedor de Munda. Hicieronse públicos festejos, en que el pueblo se entregó á la más loca alegría. Permittedse llevar siempre una corona de laurel, y asistir á las fiestas sentado en silla de oro. Se le hizo dictador perpétuo, se le dió el nombre de *imperator*, y el título de *padre de la patria*. Erigieronle una estatua con la inscripcion: *Á Cesar semi-dios*, y la colocaron en el Capitolio frente á la de Júpiter. Decretáronsele honores divinos bajo el nombre de Júpiter Julio, y tuvo altares, templos y sacerdotes. El dictado de rey era odioso para los romanos: no obstante, Marco Antonio por un refinamiento de adulacion le presentó un dia una diadema; rehusóla César, y el pueblo prorumpió en aplausos estrepitosos. César era entonces el idolo de Roma, que seducida por sus hazañas, con el mismo entusiasmo con que ántes habia defendido su libertad se entregaba á la voluntad omnipotente de un hombre solo, cuyo primer siervo era el senado.

César, tan gran político como guerrero insigne, viendo consolidado su imperio, dedicóse á reformar la administracion y las leyes. Cuéntase entre sus grandes reformas la famosa del Calendario, que entonces mereció la burla de Ciceron, y despues las alabanzas de la posteridad. Aunque entre los títulos con que se le habia condecorado se contaba el de emperador, y en realidad obraba como tal, y puede considerársele como el verdadero fundador del imperio, dejó subsistir las formas republicanas, contento con ser dictador vitalicio.

Poco tiempo gozó de tanta autoridad y de tan desusados honores, pronto se formó contra él una conspiracion, en que entraban unos por odio á la tiranía, otros por personales resentimientos: de éstos era Cayo Casio, alma y autor de la conjuracion; de los primeros Junio Bruto, escritor instruido, que habia abrazado la doctrina de los estóicos, á quien César habia colmado de mercedes y hasta solia llamarle su hijo. César recibió varios avisos de los planes que contra su vida se tramaban, pero no quiso creerlos. Lleno de confianza entró un dia en el



MUERTE DE CÉSAR



senado: vióse al punto rodeado de asesinos, que cayendo sobre él lo cosieron á puñaladas. Como entre ellos viese á Bruto blandiendo el puñal sobre su cabeza: «*y tú también, hijo mio!*» exclamó, y cayó á los piés de la estatua de Pompeyo (44). Así pereció á los cincuenta años de edad aquel hombre extraordinario, de quien se dice que habia ganado quinientas batallas y tomado por asalto mil ciudades: gran orador, político profundo y escritor distinguido (1).

Mientras esto pasaba en Roma, en España renacia el mal apagado fuego de la guerra civil que la presencia de César habia contenido. Sexto Pompeyo, á quien dejamos refugiado en la Celtiberia, comenzó á moverse de nuevo allá por la Lusitania, ayudado por dos príncipes africanos, que el África se mezclaba entonces frecuentemente en las cuestiones de España, y por muchos indígenas, que ó bien por un resto de afición á los Pompeyos, ó bien por el ins-

(1) Suetonio y Plutarco en la vida de César; Eutrop. *Brev. rerum roman.*; Dion Cassio, Floro, Velejo, Patereulo, y otros.

tinto de independencia propia de aquellas poblaciones, se agregaron á la nueva bandera. Habiendo acudido Polion á sofocar este alzamiento, derrotóle Pompeyo con pérdida de la mitad de sus tropas, y el ejército pompeyano quedó en actitud de recorrer libremente toda la España central desde la Lacetania hasta la Bética.

Llegaron estas nuevas á Roma cuando César acababa de caer bajo el puñal asesino. La situación era grave; privado el senado de aquel brazo poderoso, quiso atajar pronto el fuego nuevamente encendido en España, y dispuestó á transigir ántes que exponerse otra vez á las eventualidades de una guerra, ofreció á Sexto Pompeyo el mando en jefe de toda la armada de la república á condicion de que desistiera de la lucha emprendida. Aceptó Sexto con gusto la proposición, y licenciando su ejército partió para Italia á posesionarse de su nuevo cargo.

Así terminó la famosa guerra civil romano-hispana entre César y los Pompeyos, casi abierta todavía la tumba de César.